

A la Muerte le gusta su café dulce
Por Marta Guadalupe García Martínez

Una tarde cualquiera, mientras Catalina bordaba bajo la luz que se filtraba por su ventana, la Muerte tocó su puerta. Catalina supo que era ella quién tocaba, pues nadie más podría provocar, con sus elegantes nudillos, sonido tal que provocara el silencio de los pájaros y la quietud del viento. Catalina se levantó de su silla para ir a abrirle la puerta a la visita, y tal como anticipó ahí se encontraba la Muerte.

Lucía igual que la última vez que Catalina la había visto, igual que todas las veces que se habían encontrado. El mismo largo cabello azabache, los mismos rasgos elegantes y afilados que ni siquiera el tiempo podía menguar.

Siempre que la veía, Catalina no podía evitar sentir cómo su pasado y su futuro se juntaban en el ahora. Niña, joven, mujer y anciana, todo al mismo tiempo.

La Muerte no tenía edad, y por un momento, Catalina tampoco.

–No esperaba verte, pasa. Adelante – Catalina la invitó. La Muerte asintió con la cabeza, agradecida, y cruzó el umbral.

–¿Te ofrezco café? – le preguntó la mujer, a lo que la Muerte respondió: –Sí, por favor. Sin leche y con tres de azúcar.

Por supuesto, pensó Catalina, a la Muerte le gusta el café negro, pero dulce.

Mientras ella vertía la bebida en una taza, la Muerte acercó una silla a la ventana, en frente del lugar donde Catalina había estado bordando. Cuando ella se dirigió a su lugar para entregarle la taza a la Muerte, la viajera estaba inspeccionando con interés la delicada obra con hilos de Catalina.

–Es un ramo de dalias– la mujer comentó mientras tomaba asiento–.

–¿Por tu hija? – la Muerte le preguntó, asertivamente, a lo que ella asintió, y sus labios formaron una ligera y triste sonrisa.

Después de un sorbo de su propio café lechoso, casi frío, que preparó en la mañana, la mujer inquirió: –Entonces, ¿qué te trae por aquí?

– ¿Acaso debo tener una razón para visitar a una amiga?

Catalina soltó una risa. – Vamos, nunca me visitas si no hay una razón. De hecho, – añadió, recordando su encuentro más reciente –hace días te busqué para contarte sobre la familia del último niño que te llevaste. Están inconsolables. Me preguntaban una y otra vez porqué habías decidido tomarlo de la mano y hacer que cruzara contigo. No supe qué responder.

Catalina lo exclamó a forma de regaño, pero la Muerte ni siquiera se inmutó ante el reclamo y solo se encogió de hombros.

–Ambas tenemos trabajos que no nos gustan.

–No es que no me guste – Catalina murmuró entre dientes antes de retomar su pieza bordada–. Sé que es necesario, pero es difícil consolar a los seres queridos de quienes eliges como acompañantes.

La Muerte guardó silencio, pensativa. –Yo solo hago lo que Destino me dice que haga – ella dijo finalmente–.

–Claro, échale la culpa al patrón – bromeó Catalina en un intento de aligerar el ambiente. Por primera vez desde que le abrió la puerta, Catalina notó que un aire helado rodeaba a la viajera, su taza ya no emanaba vapor y la luz del sol ya no era tan brillante como hace unos minutos.

–¿Te encuentras bien? Te noto más sombría de lo habitual– la mujer esperó hasta que la Muerte la mirara a los ojos–. ¿Tuviste otro desacuerdo con tu hermana?

–Vida y yo estamos bien. Estamos hablando más seguido – la Muerte respondió distraída. El comentario tomó por sorpresa a Catalina, a quien, emocionada, le brotaron miles de preguntas, pero la Muerte no reflejaba el mismo entusiasmo.

Hubo otra larga pausa, donde la Muerte le dio un sorbo a su café, absorta en el río de sus pensamientos. Catalina no se atrevió a irrumpir con el flujo.

Antes de que la mujer pudiera seguir preocupándose por la viajera, esta habló primero: –¿Te puedo hacer una pregunta?

Confundida, Catalina asintió.

–¿Me tienes miedo?

–Por supuesto que no – la mujer negó pacientemente–.

–¿Porqué?

Parece que Locura por fin la llegó a alcanzar, intuyó Catalina, era cuestión de tiempo, al fin y al cabo, siempre está unos pasos atrás de la Muerte.

–Porque te conozco desde que era una niña. Te he conocido toda mi vida. Tal vez no estés familiarizada, pero los humanos le tenemos miedo a lo que no conocemos, y tú siempre has estado ahí presente, incluso cuando no tenía a nadie. *En especial* cuando no tenía a nadie – la mujer respondió con su tono más suave, y le dio

tiempo a la Muerte de formular sus siguientes palabras. Pero nada la pudo haber preparado para lo que salió de su boca.

–¿Me odias?

Catalina nunca había visto a la Muerte tan indecisa, y sus preguntas casi rayaban en ser melancólicas, en ser atormentadas.

–¿Por qué debería odiarte? Tú misma lo dices, solo haces tu trabajo. Eres la ahijada de Naturaleza, y es por eso que eres inevitable en nuestras vidas – la mujer pausó por un momento, antes de añadir –¿crees que tengo razones para odiarte?

Los ojos de la viajera se nublaron, reflejando nubes grises que amenazaban con una tormenta.

–Nunca me perdoné a mí misma por haberme llevado a Dalia y Xavier– admitió. Catalina se quedó inmóvil, totalmente impactada. La Muerte nunca antes había demostrado tal sinceridad. Entonces, decidió regresar a la honestidad.

–No me dejarás mentir, una parte de mí siempre creyó que tomaste a Xavier porque te envidiaba un poco lo bien que se me veía en vestido de novia.

Ante la declaración, la Muerte se rio. No fue ningún tipo de carcajada, más bien una risa dulce, como la música que se desvanece al final de una canción, como el café preferido de la Muerte.

–Sí, te veías muy bella. Es una pena que nunca pudiste caminar por el altar. ¿Lo puedo ver? – la viajera preguntó extendiendo su mano, refiriéndose al bordado en el regazo de Catalina. Ella le confió la tela, y se sintió lo suficientemente segura para confiarle algo más.

–Cuando te llevaste a Dalia fue la primera vez que pensé en lo justa y cruel que podrías ser.

–¿No quieres decir lo injusta y cruel?

–No, sí hablé correctamente. Ese momento fue cuando comprendí lo importante que era tu trabajo para ti, y el gran peso que representaba. Yo sabía que hacer de mi hija tu acompañante, aun cuando ni siquiera era una bebé nacida, te dolía. Pero sabías que no sería justo tomar a los hijos de otras mujeres y hacer una excepción conmigo.

La Muerte cerró los ojos, porque Catalina la conocía bien y sería capaz de reconocer la vergüenza plasmada en su fría mirada. La Muerte no podía mostrar arrepentimiento, no tenía tal lujo.

–Te he quitado tanto que a veces no puedo creer que todavía tengas en ti la bondad de invitarme a tu casa, de servirme café, de preocuparte por mí – la viajera se lamentó mientras señalaba a su alrededor–. ¿Sabías que yo te escogí?

–¿Escogerme para qué? – le preguntó Catalina–.

–Te escogí para ser mi voz y mis ojos en este pueblo, te escogí para ser la única que pudiera verme cuando me avecinaba, – la Muerte murmuró–. Yo te condené a esta vida. Porque solo una persona que me ha visto puede hablar en mi nombre. Me tuve que llevar a tus padres y a tu hermano, a tu prometido y a tu hija, porque a donde fueras, yo debía de seguirte.

“La mujer que era perseguida por la Muerte”, Catalina recordó los susurros que la cazaron en su juventud.

Extrañamente, Catalina ya había presentido esto desde hace mucho tiempo. No puedes ser perseguida por la Muerte sin escuchar sus pasos.

Catalina tomó de la mano a la viajera, la misma mano acusada de llevarse a sus seres queridos. La mujer aún recordaba todos los viajes de la Muerte, ella siempre estuvo presente cada vez que la viajera elegía un nuevo acompañante. Por tanto tiempo, ella fue la encargada de consolar a los que amaron a la persona en vida y recordar los mensajes que le dedicaban en muerte.

Catalina sabía por qué la Muerte necesitaba una voz.

Porque la Muerte no podía disculparse.

Porque la Muerte no podía mostrar dolor.

Y necesitaba de alguien que la entendiera para poder expresar lo que la Muerte no podía.

–Yo te comprendo– la mujer reconfortó a la viajera. Fue por eso mismo que la Muerte la escogió; y la misma razón de que la mujer no le tuviera miedo.

–Sí hay una razón por la que vine – admitió finalmente la Muerte. Dejó su café al lado de la ventana y se paró sin soltar la mano de la mujer –Déjame guiarte, Catalina Cabral–.

No fue hasta que la mujer se levantó de su lugar que entendió lo que la Muerte le estaba tratando de decir. Ella había escuchado esa frase miles de veces antes.

–¿Haces esto con todos tus acompañantes? ¿Les haces plática para entrar en confianza antes de llevártelos? – bromeó. Ahora fue el turno de la Muerte de sonreír tristemente.

–Eres un caso especial, tú eres una amiga.

–Sí, y déjame decirte que fue un gran honor.

Se miraron entre ellas, y sin tener que intercambiar palabras, se abrazaron.

Catalina no iba a oponer resistencia, ella sabía que su hora había llegado.

Antes de dejarse guiar por la viajera, la acompañante recordó algo importante.

–¿Me puedo llevar unas cartas? – preguntó, y se dirigió a su closet, donde se encontraba una caja de madera, con un cerrojo sin candado. –Siempre que te llevabas a alguien yo les prometía a quienes lo amaban que, si escribían una carta, yo se la entregaría personalmente cuando fuera mi momento de cruzar.

–Por supuesto, solo cuida que la caja no se te caiga con el peso de las palabras.

Catalina asintió y volvió a tomar la mano de la Muerte. Un momento antes de cruzar la puerta para salir, la acompañante volteó con su guía, una duda surgió en su cabeza. –¿Quién será tu voz una vez que yo no esté?

La viajera apretó su mano a manera de tranquilizarla. –No te preocupes, en este momento una mujer del pueblo está a punto de dar a luz a una bella niña, empática, sabia y gentil igual que su predecesora–.

Catalina pensó por un momento, antes de pedir: –¿Podrías convencer a Vida de susurrar en el oído de la madre que “Dalia” sería un lindo nombre para su bebé?

–Ya me encargué de eso– la Muerte le sonrió–.

Y finalmente, Catalina sintió cómo un enorme peso se levantaba de su corazón.

Dos pares de pasos cruzaron la puerta, pero nadie nunca vio a alguien salir del otro lado. Las palabras inexpresadas de una despedida final permanecieron en el aire, mezclándose con el olor a café dulce proveniente de una de las tazas posadas en el umbral de la ventana, al lado de una taza vacía y una hermosa pieza bordada: un ramo de dalias completamente terminado.